

cazadores de palomas. Saludámoslos con el amistoso *tena kouton*, después cambiamos por tabaco algunos pichones para nuestra comida y continuamos pacíficamente nuestro camino.

En la esperanza de ver los dos conos volcánicos de Tongariro y de Ruapahu de que no distábamos más de 25 millas inglesas, y con objeto de hacer mis observaciones para el bosquejo de la carta geográfica, subí el 10 de abril á la montaña Ngaria. Aunque solo se eleva 900 pies sobre el nivel del valle, y no hay que atravesar ningún bosque, la ascension fue, sin embargo, penosa, porque teníamos que abrirnos paso por medio de helechos á la altura de un hombre. Llegamos, en fin, cubiertos de sudor, pero el golpe de vista que se nos ofreció, nos hizo dar por bien empleada la fatiga. Los mismos indígenas del Waikato, que nos acompañaban y que nunca habían subido á esta montaña, estaban también admirados. El volcan de Tongariro se ofrecía completamente á nuestra vista: el cono todavía activo, llamado por los indígenas Ngauruhoe, se eleva magestuosamente con sus formas regulares en medio de un círculo de montañas que lo rodean y solo se abren hácia el Sureste como el Vesubio entre el Somma. Distinguíase perfectamente en su cima el cráter en forma de embudo hasta donde penetraban nuestras miradas, porque su pared occidental es mucho más baja que la oriental. El cráter proyectaba una elipse de donde se elevaban continuamente blancas y espesas nubes de vapores, que ya envolvían toda la cima, ya empujadas por el viento hácia el Sur, dejaban ver las sombrías quebraduras de la pared oriental. Los indígenas me aseguraron que la montaña no se había presentado nunca bajo tal aspecto antes que la pared occidental del cráter hubiera sido rota por el terremoto de Wellington en 1855. Mas lejos, al Norte de la pendiente una *solfatara* exhalaba espesos vapores. El Tongariro estaba enteramente desprovisto de nieve; pero á su derecha se alzaba el Ruapahu, cuya cima estaba rodeada de nubes, bajo las cuales se veía una vasta capa de hielo. Delante de estas gigantescas montañas, se estendian grandes masas de bosque: en primer término, montes de escarpadas crestas, pendientes profundamente rasgadas, y á nuestros pies los valles que se estendian á lo lejos. Así abarcábamos de una mirada fenómenos de fuego y de agua en sus proporciones más grandiosas y en medio de un paisaje como no había visto jamás en ninguna parte.

El nombre de Taupo está ligado en mis recuerdos á una de las comarcas más magestuosas y características que he recorrido; pero me recuerda ante todo la noble hospitalidad del reverendo Grace y de su amable familia. Este hombre venerable es el único europeo del lago Taupo. La residencia de su mision

está situada á algunos centenares de metros del *pah* maori de Pukawa, en una pintoresca pendiente á 200 pies sobre el nivel del mar. Bajo el techo hospitalario de aquella casa, pasé con mi amigo Haas cinco días, durante los cuales, me ocupé en delinear detalladamente un croquis del lago. Mr. Grace me ayudó en este trabajo con su exacto conocimiento de los lugares, y me acompañó en mis escursiones, mientras que los cuidados de la excelente ama de casa nos hacian olvidar completamente que estábamos en el seno de la Nueva-Zelanda. La imágen de esta feliz vida de familia con una multitud de niños rebosando salud, era interesante. ¡Qué contraste entre este cuadro y el interior de los hogares de los jefes maories, que apenas han empezado á sentir la influencia de la civilizacion, y de que puede formarse idea por el jefe del *pah* vecino, el famoso *Te Heuheu*. Hacia tiempo que había yo oido hablar del poderoso *Te Heuheu* que reside en Pukawa cerca del lago Taupo: su nombre es conocido en toda la tierra donde se habla la lengua maori, porque es oriundo de una de las familias más antiguas y célebres del país y se le cuenta entre los héroes y semidioses de su pueblo. Me lo habían pintado como un hombre de eminente mérito, como el *mas bueno* y el *mas malo* de su tribu, orgulloso, prudente, valeroso, mezcla indefinible de la civilizacion moderna y el antiguo paganismo de los canibales. Tenia, por tanto, curiosidad de conocerle y me resolví á hacer una visita oficial de gran ceremonia con mis compañeros de viaje al terrible potentado del país.

El reverendo Grace me acompañó á la vivienda del jefe, situada en una península del lago, y circuida por una fuerte empalizada, en medio de la que se abren dos puertas de bastidores. Al llegar á una plaza rectangular, llamó ante todo nuestra atencion un bello almacén (*pataka*), situado en la parte superior: estaba pintado de rayas rojas y estribaba en cuatro postes redondos para proteger las provisiones contra la voracidad de las ratas. La fachada estaba adornada con lindas esculturas del estilo particular de los maories: líneas graciosamente entrelazadas y una especie de arabescos alternaban en el frontis con grotescas formas humanas de cabezas monstruosas y enormes ojos. En frente de esta *pataka* había una barraca sin apariéncia ni adorno arquitectónico, pero con un pequeño pórtico, bajo un techo saliente. Este era el palacio de *Te Heuheu*; y sentado en el *ceraudak* de este palacio vimos un hombre envuelto en una especie de jaike de lana, sucio por cierto: era el mismo *Te Heuheu*.

Al principio me recibió con aspecto nada agradable; solo cuando el misionero le habló, tuvo á bien tenderme la mano, invitándome á tomar asiento en una estera junto á sí. Paseó luego sus brillantes ojos

sobre todos mis compañeros, quienes lo saludaron con profundo respeto, y me preguntó entonces, por cierto con poca amabilidad, si los indígenas que me acompañaban como guías, eran esclavos ó hijos de jefes libres é independientes; pero á esta pregunta sucedió por fortuna la más cordial expansion. *Te Heuheu* me significó que se alegraba de hacer conocimiento con europeos de alta categoría, porque son siempre buena gente y son benévolos con los indígenas; pero que consideraba como los últimos y los más miserables de los hombres á los europeos de infima clase, como los marineros, desertores y otros hombres perdidos, de que estaba infestada la Nueva-Zelanda. Como me contaba á mí entre los primeros, añadió, me esperaba desde la víspera y lo tenia todo dispuesto para obsequiarme dignamente. Me había esperado todo el día, vestido de gala, pero yo no había ido: era, pues, culpa mía, si estaba ahora en su traje ordinario. Muchas excusas y esplicaciones tuve que alegar para que me restituyera su gracia el jefe herido en su orgullo; pero debo decir en honor suyo, que no me guardó rencor, y que el mismo día hizo matar para mis maories un buen cerdo, sin que fuera posible hacerle aceptar indemnizacion ninguna por los gastos que le ocasionáramos en los cinco días que nos tuvo alojados en su *pah*. Me mostró también un precioso objeto, herencia de sus mayores, que conservaba como reliquia: una magnífica *mere* ó maza de jada verde de la más bella transparencia de 15 pulgadas de longitud. Dijome que esta terrible arma había ya muerto más de un jefe enemigo; que había sido enterrada cinco ó seis veces con sus antepasados, y que la mella que tenia en uno de sus lados provenia de un golpe mortal asestado en un duro cráneo. También me enseñó con un orgullo casi igual una silla inglesa que le había regalado sir Jorge Grey, de quien fue guía y compañero en un viaje que hicieron al lago Taupo.

*Te Heuheu* tiene cinco mujeres, y aun intenta tomar otras dos: es padre de muchos niños, que son su alegría y orgullo; pero aunque no tiene sentimientos hostiles al cristianismo, ha rehusado siempre instruirse, porque teme perder por ello la influencia y consideracion que goza como jefe, y se fundan en un cúmulo de ideas paganas, y especialmente en un pretendido poder sobre los malos espíritus del agua, de la tierra y del aire. Es de mediana estatura, de complexion más bien delicada que robusta, y de enortijados cabellos. Su cara imberbe, pintorreada incompletamente en la mejilla derecha, con sus ojillos chispeantes, revela un espíritu calculador y astuto. No tiene nada de las formas imponentes de su difunto hermano Tukino *Te Heuheu*, que me han pintado como un gigante de 7 pies de alto, de cabellera argentada y que parece haber sido el héroe á quien

los *Heuheus* actuales son deudores de su fama y consideracion. Tukino pereció en 1846, como verdadero hijo de Titanes, en una conmocion volcánica enterrado bajo una montaña desplomada con toda su familia y parte de su *pah*. *Te Heuheu* hizo sacar el cuerpo de su hermano de entre los escombros y le tributó los últimos honores con gran pompa. Después de algunos años, sus restos fueron de nuevo exhumados, según el uso adoptado para los grandes jefes, y colocados en un féretro esculpido artísticamente. Los huesos conservados como reliquias, debían llevarse á la cima del Tongariro, cuyo profundo cráter estaba destinado á servir de sepulcro al héroe, y las pirámides de escorias y cenizas elevándose hácia el cielo, habrían sido su monumento fúnebre; pero esta grandiosa idea no fue ejecutada más que á medias. Cuando los conductores del cuerpo se acercaban á la parte superior del cono, que exhala continuamente vapores encendidos, se dejó oír una violenta detonacion subterránea, y sobrecogidos de espanto dejaron la pesada carga sobre una roca. Allí yacen todavía los restos mortales del guerrero maori, porque la montaña se ha hecho inaccesible.

El *Te Heuheu* sobreviviente, celebró la memoria del difunto con un canto de duelo, que no está desnudo de sentimiento poético, y le erigió en el *pah* de Pukawa un mausoleo (*Wabitabu*), que debe haber sido una obra maestra de arquitectura maori. Nosotros no hemos podido ver más que las ruinas bajo los grupos de pintorescos árboles, algunas pilastras ricamente esculpidas, cuyos notables dibujos parecen representar la invencible fuerza del héroe y la fecundidad de sus numerosas mujeres.

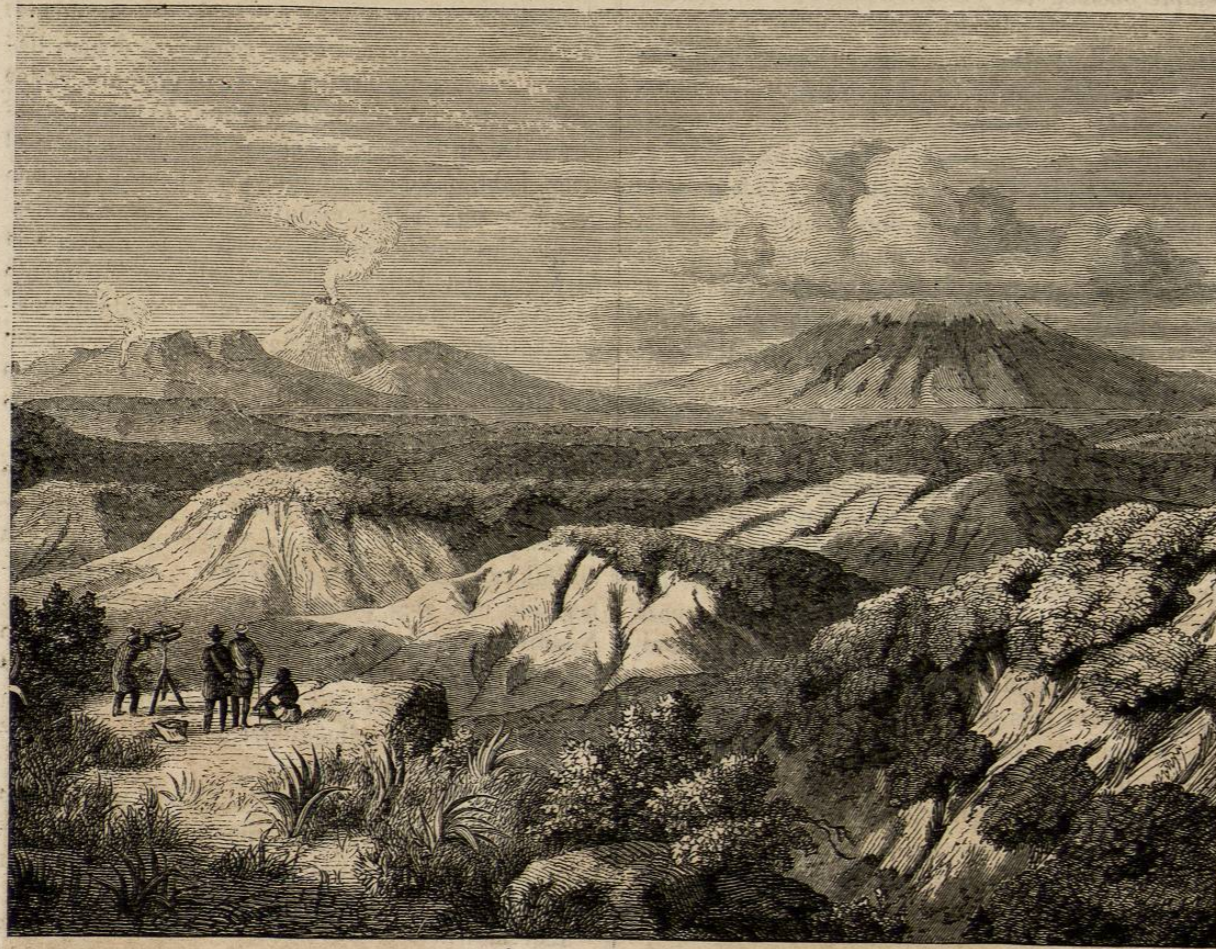
El interior del *pah* solo está habitado por los más allegados parientes de *Te Heuheu*: por fuera hay diseminadas una multitud de barracas, donde viven los súbditos y servidores del jefe.

Este me visitó vestido con un elegante traje negro. Durante mi permanencia en Pukawa, hablé largas horas con este hombre notable, y escuché con gusto sus relatos y reflexiones. De él he aprendido las leyendas que la tradicion ha conservado acerca del lago Taupo, y de que me ocuparé después. En cuanto á opiniones políticas, llamábase á sí mismo amigo del partido nacional. Tanto celebraba con entusiasmos al gobernador precedente, sir Jorge Grey, como juzgaba con severidad al gobierno actual, afirmando que no pondría más los pies en Auckland, la ciudad *Pakeha*, donde en su última visita lo habían tratado como á un perro. A mi partida me manifestó por medio del misionero, que tendría mucho gusto en recibirme de nuevo, pero advirtió al inglés que el gobernador había puesto cerca de mí como intérprete, que en caso de una segunda visita, no permitiría su presencia sino por atencion á mí, que

soy un extranjero y no comprendo la lengua maorí. Tal era Te Heuheu, uno de los ya muy escasos representantes de los tiempos del paganismo; de aquellos jefes, cuya cabeza está aun rodeada por la aureola del heroísmo romántico, y que recuerdan como una vaga tradición, la idea de una población que des-

aparece rápidamente al soplo de la civilización europea.

Aun habría que delinear alguna que otra figura de la alta aristocracia de este distrito, donde se hallarían tipos que recuerdan el del terrible Heke, que dirigió la insurrección de 1845, y el de su dulce y



Los volcanes de Tongariro y Ruapahu vistos desde el Suroeste.

graciosa compañera, hija del fiero Honghi; pero ya es tiempo de llegar al lago Taupo.

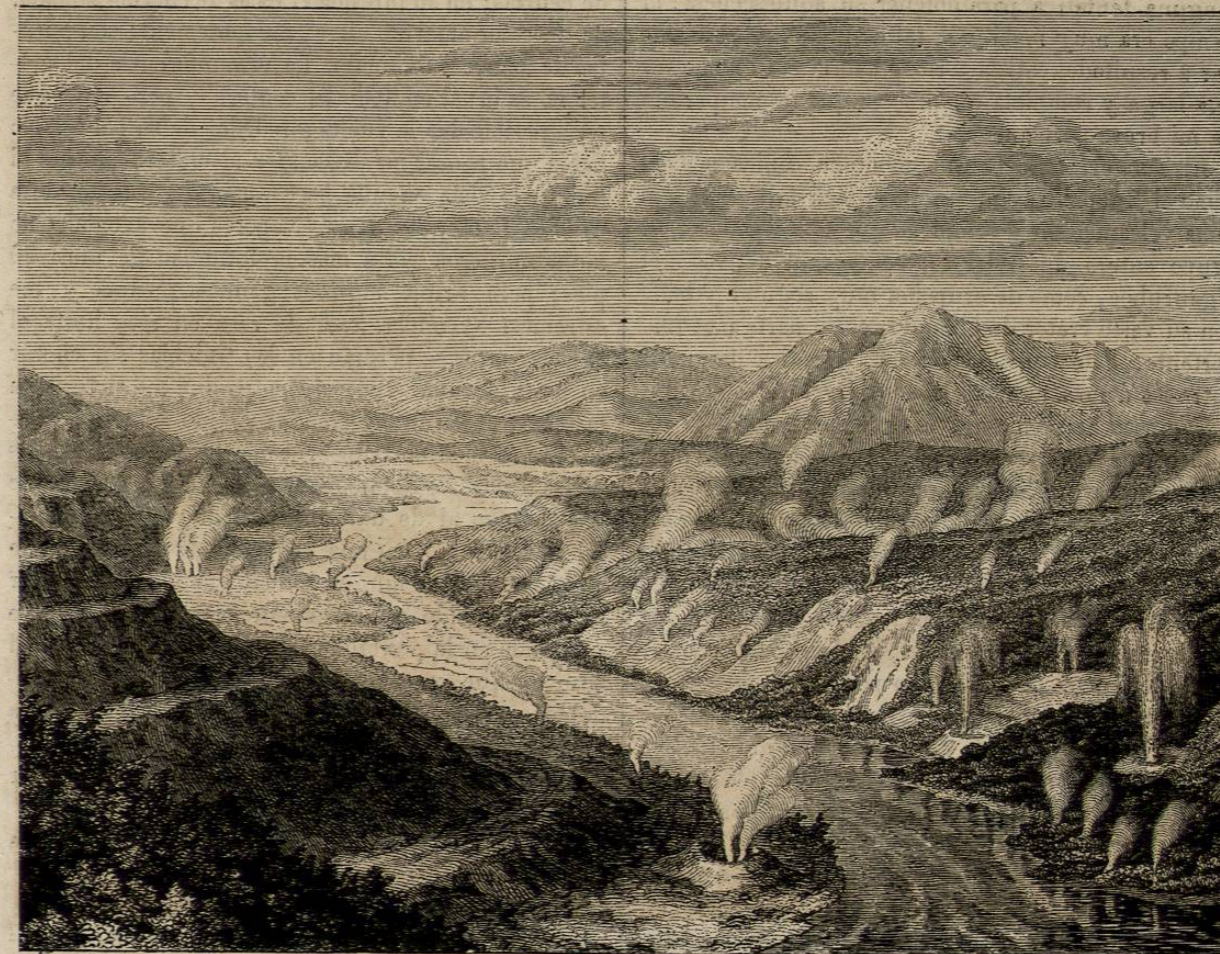
El lago es un verdadero mar interior, de 25 millas inglesas de longitud del Suroeste al Noroeste por 20 de anchura; y cuya profundidad no se ha podido sondear hasta ahora. Está situado á 1,250 pies sobre el nivel del mar, y rodeado en toda su extensión de formaciones volcánicas en que dominan las lavas tra-chíticas abundantes en cuarzo, así como masas gigantes de piedra pomez. Estas formaciones ígneas componen la meseta, elevada de 2,000 á 2,200 pies, en cuyo centro se halla el lago, el cual procede sin duda de una violenta ruptura de esta alta meseta, á

consecuencia del hundimiento de cavernas subterráneas.

Toda la orilla occidental del lago está formada de rocas perpendiculares que miden en algunos puntos una elevación de más de 1,000 pies. Las estensas cimas cubiertas de bosque de los montes Rangitoto y Tuhua que tienen 3,000 pies de altura, se pierden en el horizonte en la dirección del Noroeste. Hay un solo punto que permite ver su forma particular, el Monte Titirapenga, cuya cima piramidal se asemeja á las ruinas de un castillo desmantelado. La orilla oriental está casi por todas partes llana y forma una ancha playa, en cuya extensión se ha traza-

do un camino. A cierta distancia rocas de piedra pomez, que brillan con vivo resplandor, limitan la playa: estas rocas cubiertas de musgo, se elevan hasta el pie de una alta montaña distante de 10 á 15 millas de la orilla oriental, y que con el nombre de kaimanawa, parece ser la continuación de la cadena Ruahina en la provincia de Wellington. Deprímese há-

cia el Noroeste y toma el nombre de Te Whaiti, extendiéndose desde el estrecho de Cook hasta el cabo oriental y puede decirse que es una tierra completamente desconocida aun, y que si en alguna parte deben descubrirse en la isla del Norte minas de oro, de plata ó de otro metal, es en esta cadena de montañas inexplorables. Detrás de los bosques del primer plano



Geysers y termas á lo largo del Waikato.

se elevan pirámides de rocas desnudas, cuyo carácter alpino presenta un pintoresco contraste con los contornos cónicos y regulares de las formaciones volcánicas de la orilla meridional del lago. Su vista me sorprendió sobremanera, porque en ningún mapa de la Nueva-Zelanda había visto figurar entre el lago Taupo y la costa oriental una montaña tan considerable. Allí es donde tienen su origen los ríos numerosos, algunos de ellos importantes, que desembocan en el lago por la parte del Este.

Las orillas meridionales del lago se extienden muy lejos y están cerradas por una serie de conos volcáni-

cos, tras de los cuales se hallan el Tongariro y el Ruapahu. Estos dos gigantes no son, sin embargo, visibles desde la orilla del Mediodía; pero desde la orilla del Este, y desde la del Norte se les ve alzarse por encima de las pequeñas montañas cónicas que los indígenas designan en su pintoresco lenguaje como sus mujeres y sus hijos.

La base del Tongariro está á unas 12 millas inglesas del lago: entre este volcan y las montañas de Pihauga y de Kakaramea, se extiende un ancho valle que comprende el hermoso lago Rotoaia de unas tres millas de largo. Por aquí hay que pasar para

subir al Tongariro, pero las dificultades son hoy aun las mismas que en 1841, cuando Dieffenbach solicitó en vano permiso para hacer esta escursión, ó cuando en 1850 el gobernador sir Jorge Grey intentó la misma empresa. La montaña es *tabon*, y aunque el mismo Te Heuheu diera autorizacion para subir, sus vecinos se opondrían ciertamente. Los dos europeos que acabo de nombrar consiguieron su objeto sin que lo supieran los indígenas. En cuanto á mí, no hice ninguna tentativa para obtener su aquiescencia: el tiempo era muy malo para tal empresa, y para llegar á resultados satisfactorios, habria sido menester una larga y completa exploracion que no me permitia mi breve permanencia.

El Tongariro no es una montaña cónica aislada como el Ruapahu, sino que mas bien forma un sistema volcánico muy complejo que se compone de un grupo entero de poderosos conos aun activos; el Ngauruhoe, como de erupcion muy regular y bello con su vasto cráter de embudo, es su parte mas importante. Este cono de escorias y ceniza descuellera entre los demás puntos elevados cerca de 500 pies.

Tampoco he sabido que ningun indígena haya subido á esta gran montaña: el temor á los espíritus infernales parece haberlos arredrado. No hay mas que dos europeos (que yo sepa) que hayan logrado subir al Ngauruhoe, Mr. Bidwill en marzo de 1839 y Mr. Dison en 1851. Vamos á dar un extracto de la relacion de este último, relacion que ha salido á luz en un periódico de Auckland, el *New-Zealander*.

«...En marzo de 1851, un poco antes de salir el sol, partí del lago Rotorua, atravesé la llanura y trepé á las alturas Norte del rio Whanganni. Llegué entonces á un valle cubierto de grandes bloques de lava que embarazaban mucho mi marcha. Por el fondo de este valle corre el Whanganni y tuve que pasar tambien el rio, si bien por este paraje solo tiene tres pies de anchura, encontrando al otro lado un terreno muy desigual y difícil de practicar. Adelanté, sin embargo, todo lo directamente que pude hácia la mas elevada cima, y llegué por fin al pie del cono á cuyo alrededor se ven grandes bloques de lava que evidentemente han sido lanzados por el cráter. Hé aquí el momento mas crítico de mi peligrosa empresa. Habia que subir al empinado cono, que á mi parecer formaba la cuarta parte de la altura total de la montaña y me fue preciso trepar ayudándome con las manos; mas como la pendiente está cubierta de escorias y cenizas deleznales, resbalaba con frecuencia á muchos pies de distancia. La montaña no tenia nieve sino en alguna profunda hendidura, donde el sol no penetraba; tampoco vegetacion ninguna, ni aun el largo y duro césped que se halla diseminado al pie del cono. Cuatro horas creo que invertí en esta ascension, pero como no tenia reloj, posible es que la

fatiga me hiciera mas largo el camino. Ya arriba, saludé con júbilo la abertura de aquella vasta chimenea á que con tanto trabajo habia llegado.

Esperaba descubrir un gran panorama desde la cima del Tangariro, pero estaba rodeado de nubes y no me fue dado distinguir casi nada. El cráter de Ngauruhoe es casi circular y tiene, segun mis cálculos, 1,800 pies de diámetro: sus bordes están esteriormente erizados por acumulaciones de escoria y de cenizas; en su interior ví rocas de enorme tamaño, de un color amarillo claro, evidentemente compuestas de azufre sublimado. La circunferencia del cráter no es igual en todo su contorno, pero creo que seria posible dar la vuelta alrededor de su borde. No habia que pensar en descender al cráter, porque al hundir la vista en una boca espantosa que se abria delante de mí, los densos vapores que exhalaba no me permitieron ver á mas profundidad de unos 30 pies; pero arrojé algunas gruesas piedras y me estremecí oyéndolas caer de roca en roca hasta el abismo; otras se perdian en las tinieblas sin chocar en parte alguna. Todo el tiempo que me detuve en la cima, ó sin intermision el silbido de una humareda mezclada de vapor, como en los manantiales de las termas de Rotamahana y de Taupo; este ruido era análogo al de una máquina de vapor en movimiento. No ví ninguna erupcion de cenizas ni de agua, ni observé ningun indicio que hiciera suponer la habia habido recientemente. Debo confesar que pensando en la posibilidad de una erupcion hácia el sitio en que yo me hallaba, no sentia las mas agradables sensaciones. El aire no era frio; la fatiga de la ascension me habia producido calor, pero tuve tiempo para refrescarme, pues permanecí en el cráter por espacio de una hora.

A las dos tomé el mismo camino por donde habia subido, y envuelto en nieblas y nubes, anduve extraviado bastante tiempo. Entonces ví entre el Tongariro y el Ruapahu, un lago de 1 milla de diámetro; pero no pude descubrir ningun desagüe por la orilla occidental: un cráter apagado, si, hallé á poca distancia del Tongariro. Ya estaba oscureciendo cuando llegué al rio Whanganni, y aunque yo sea de una constitucion robusta y buen peon, me sentí desfallecido y me dormí en un barranco. La noche era fria, y sin embargo mi sueño se prolongó hasta la mañana sin inconveniente. Al primer albor del dia me puse otra vez en marcha y á las diez llegaba á mi habitacion con el calzado tan roto que se me caia de los pies.»

Al Sur de Tongariro se eleva el Ruapahu, las bases de los dos montañas se confunden en una suave pendiente formando una meseta de unas 10 millas inglesas de latitud. En esta planicie debe haber cuatro lagos, dos de los cuales se estienden á 3 mi-

las, siendo los otros dos mas pequeños. Llámase uno de estos lagos Taranaki, y el rio á que da origen, desagua en el Whanganni. Hay una tradicion particular sobre este lago. Los indígenas cuentan que la montaña Taranaki (*el Monte Egmont*) estaba en otro tiempo, como un tercer gigante, al lado del Tongariro y del Ruapahu. Los tres permanecian juntos como buenos amigos, hasta que Taránaki intentó robar á Pihanga, mujer de Tongariro: por este agravio Tongariro acometió á Taranaki, quien herido en la cabeza, huyó de su poderoso adversario descendiendo por el curso del Whanganni hasta la mar, donde se eleva solitario cerca de la costa. En su fuga se le cayeron de la frente dos fragmentos, y todavía hoy indican los indígenas, para confirmar la tradicion, dos enormes bloques de formacion volcánica, inmediatos al Whanganni y á 18 millas de su origen.

El Ruapahu, la mas alta montaña de la isla setentrional tiene la forma de un cono truncado y se alza hasta la region de las nieves perpétuas. Jamás ha sido visitado por nadie: sin embargo, no se puede abrigar ninguna duda sobre su naturaleza volcánica; parece completamente apagado, y á lo lejos no puede distinguirse el menor vestigio de solfatara ni en sus lados ni en su cima. No se sabe si en la truncadura de este cono hay una meseta ó un cráter; casi siempre está envuelta en nubes y en tiempo despejado se descubren grandes capas de nieve que cubren sus pendientes y que rellenando sus hendiduras parecen terminar en ventisqueros.

Hé aquí ahora las tradiciones que he recogido de boca de Te Heuheu, respecto de estas montañas.

Entre los primeros hombres venidos de Hawaiki á la Nueva-Zelanda, el mas famoso es el jefe Ngati-roirangi (literalmente *el mensajero del cielo*). Dice la leyenda que desembarcó en la costa oriental de la isla del Norte, desde donde se puso en camino con su esclavo Ngauruhoe para recorrer el nuevo pais. Atravesó la comarca, hizo brotar de la tierra fuentes de abundante agua en los estériles valles, trepó colinas y montañas y descubrió al Sur un gran monte, el Tangariro, al que se dirigió para dominar desde sus alturas todo el pais. Llegó á las llanuras inmediatas al lago Taupo, desgarrándose en los zarzales un vestido muy hermoso, hecho de hojas de *kiekie*: sus girones tocaron las raíces que se convirtieron en bellas acacias de flores amarillas, bastante abundantes en las cercanías del lago Taupo. El jefe subió en seguida al Tongariro, cubierto de nieve, pero hacia tanto frio, que el señor y el esclavo estuvieron á punto de perecer. Ngati-roirangi llamó entonces á sus hermanas, las cuales quedaron en el Whakari para enviarle fuego, fuego sagrado é inextinguible que habian traído de Hawaiki, y se lo enviaron por mediacion de dos *tanichas* (espíritus subterráneos de la

montaña y de las aguas). El fuego llegó oportunamente para salvar al jefe; pero cuando quiso llamar á su esclavo para que se calentara, el pobre esclavo habia muerto. Hasta hoy, la salida subterránea que el fuego se ha hecho en la montaña, es decir, el cráter mas poderoso del Tongariro ha llevado el nombre del esclavo Ngauruhoe, pero como era el fuego sagrado de Hawaiki, continúa siempre ardiendo y arde en todo el espacio comprendido entre el Whakari y el Tongariro en los parajes por donde brotó cuando los *taniwhas* salieron de la tierra: de aquí tambien se originan los manantiales calientes que en tan gran número brotan en esta comarca.

La mayor parte de ellos se hallan en la orilla meridional del lago, cerca del caserío maorí de Tokanu, no lejos del rio del mismo nombre, estendiéndose desde el monte cónico Mangananu hasta la desembocadura del rio Tokanu en un espacio de 2 millas cuadradas (inglesas). La espesa nube de vapores que se ve desde los bordes del lago, se exhala de la gran terma Pirori. En la orilla izquierda del Tokanu salta por un agujero una columna de agua hirviendo de dos pies de diámetro, sometida siempre á la accion del vapor, y girando en el aire hasta una altura de 6 á 10 pies. Los indígenas me aseguraron que á veces este caño de agua se eleva hasta 40 pies con espantoso ruido. A poca distancia se ve una conca de 8 pies de anchura y 6 de profundidad, en la que el agua hierve constantemente.

Tokanu es célebre tambien por un magnífico *wharepuni*, resto de los buenos tiempos de los maories. Damos el dibujo en la página siguiente de algunas esculturas que se hallan en la ornamentacion de esta especie de pórtico: una figura se habia caído del techo y yacia en el suelo cubierta de polvo y barro: procuré adquirirla solicitándolo del jefe de la localidad; pero éste me hizo comprender que la escultura representaba á su abuelo y que le era por tanto imposible venderla á un *pakeha*: pienso que la estatua estará aun en el suelo.

Pasando á mi vuelta por Otawhao entre las ruinas del antiguo *pah*, encontré una de esas grotescas figuras esculpidas en madera que adornaban en otro tiempo los castillos de los maories: tenia 5 pies de altura y estaba aun bien conservada. No vacilé en apropiármela para traerla á Europa como un *especimen* de la escultura indígena. Pero á pesar de mis precauciones, corrió la voz entre los naturales de que yo habia cargado en mi bagaje uno de sus antepasados, y quisieron obligarme á devolver la estatua destinada á adornar la residencia del rey maorí. Sin embargo, hoy dia está en buen estado en el museo Novara en Viena, á donde Potatau II puede ir á recogerla.

Los maories prodigaban tambien las esculturas